

CARTAS DIRIGIDAS AL SR. D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS,
SOBRE LA CRÍTICA QUE ESTE HA HECHO DE LOS DISCURSOS LEIDOS
ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA POR LOS SRES. CAMPO-
AMOR Y VALERA.

I.

Há ya tiempo, mi estimado amigo, que tengo el propósito de contestar á las benévolas y discretas observaciones que hizo V. sobre mi discurso de recepcion en la Academia, y que publicó en la *Revista Ibérica* el 15 de Abril último: pero otros cuidados, si no más importantes, más urgentes, no lo han consentido. Hoy, al fin, me aventuro á escribir, aunque siento tener que hacerlo de priesa y sin haberlo meditado con aplomo.

Entrar en discusion con un filósofo del saber y del talento de V. no me arredraba, porque yo confio en su bondad y en su indulgencia: Lo que ahora me arredra en la disputa es ver á otros dos novísimos filósofos, que han salido en contra mia á la palestra, y que no son tan amorosos y blandos para conmigo. Uno de ellos es D. Federico de Castro, que me impugna desde

las orillas del Guadalquivir en una revista titulada *La Bética*; y el otro es el señor X, que desde la imperial Granada me trata con notable severidad, y no halla cosa que le parezca bien en mi pobre discurso. Hasta mi estilo, que si algo digno de estimacion creia yo que tuviese, era el ser natural, le parece á este señor *amanerado*. Verdad es que esto no debe extrañarse, porque al fin yo me crié en Granada; de suerte que, para que se cumpla, aun en mi humilde persona, el dicho célebre de que *nadie es profeta en su patria*, es menester que nada mio guste por allí.

Usted y el Sr. Castro casi se limitan á censurar mi censura del lenguaje que hoy suelen emplear ciertos filósofos españoles. No así el anónimo de Granada, que destroza toda mi obrilla con su crítica inexorable.

Antes de entrar en la principal cuestion y antes de contestar á V. y al Sr. Castro, voy á ver si me disculpo de las acusaciones que dicho anónimo lanza sobre mi. A V. hago juez de este litigio; V. decidirá si la mayor parte de las censuras del anónimo no se funda en la mala inteligencia de lo censurado.

Mi defensa de la mitología griega está en consonancia con la Estética de Hegel. Yo no vengo en mi discurso, con preocupaciones rancias, á proponer que Cupido, Apolo, Marte y las Musas, sean el tema obligado de todos los versos. Defiendo, sí, á estos personajes poéticos, porque son una creacion bellisima de la fantasía que no debe nunca perecer. Apolo, Marte, el Amor y las Musas, dice Hegel, que no son seres vagos, sin consistencia y sin determinacion ni individualidad

como los ángeles ; ni son simples personajes históricos en el fondo como los santos y los patriarcas ; sino que son potencias permanentes, fuerzas vivas y energías inmortales del espíritu, de la naturaleza, del universo todo, las cuales se manifiestan revistiéndose de la forma poética más adecuada y más determinada.

Como doctrina religiosa tiene razon que le sobra el articulista, al asegurar que la mitología griega ha pasado. No vaya por Dios á creer el señor X que yo deseo introducir de nuevo en España el paganismo, exponiéndome á más persecuciones que el Sr. Matamoros. Pero, del mundo de la imaginacion, de la morada ideal que tienen en la mente humana, ¿por qué arrojar á los dioses del Olimpo? ¿No comprende el señor X que todos estos seres viven allí vida inmortal? ¿No reflexiona que es propio de un espíritu desmedidamente prosáico el decir que sólo lo que se cree con la fe es lo que con la imaginacion puede aceptarse y creerse? ¡Buena fuera que se prohibiese al poeta el empleo de todo lo maravilloso en que su pueblo no cree por fe! «Lo sobrenatural, dice Gioberti, cuando se emplea bien, parece natural en poesía, ya que está de acuerdo con las leyes de la imaginacion y de la facultad poética ; y esto sólo desagrada á la indole mezquina de algunos modernos críticos, los cuales, no contentos con haber introducido el racionalismo en la religion y en la historia, han querido introducirle tambien en el campo de la imaginacion, mutilando esta facultad admirable y despojando sus obras de la más peregrina hermosura.»

Ya se entiende que en la *epopeya heroica* no conviene introducir hoy lo maravilloso gentilico, ni es posible adoptarlo tampoco como Homero lo adoptaba. La mitología no puede usarse hoy sino como símbolo ó imágen, ó en sentido irónico ó cómico. Pero, ¿en qué se opone esto á lo que yo he dicho? Lucano, añade mi impugnador, no se sentia con fuerza en pleno paganismo para hablar de los dioses en su poema. ¿Y cómo habia de sentirse con fuerza cuando narra un suceso reciente, lleno de realidad histórica y prosáica, donde la ficcion poética no era posible en todo su vigor? En pleno catolicismo estamos ; *eminente* católicos somos hoy en España, y si algun poeta escribiese un poema de la guerra civil entre cristinos y carlistas, no se atreveria tampoco á hacer combatir en favor de los unos á los santos, á los arcángeles y á los querubines, y en favor de los otros á Lucifer con todas sus legiones de diablos. Véase, pues, que lo mismo que se alega en contra de la mitología, puede alegarse en contra de nuestras creencias religiosas como máquina de un poema. Sin embargo, esto, en realidad, no prueba más que una cosa, á saber: que la *epopeya heroica* es un modo anacrónico de poetizar: que esta clase de *epopeyas* no es propia de nuestra edad histórica, ni de otras edades semejantes, como aquella en que Lucano vivia. El argumento del señor X nada prueba en contra de la mitología, como nada prueba tampoco en contra de nuestra religion cuando á ella le hacemos extensivo.

Con todo, de decir esto á decir que los dioses de Homero son *frivolidades gastadas*, hay una distancia

enorme. El señor X califica de *frívolos, de pueriles, de niños á caza de mariposas, de almas sin entusiasmo, sin originalidad y sin pensamiento*, á todos los poetas que invocan en nuestro siglo á las musas, y que ponen ficciones mitológicas en sus poemas. Hugo Fóscolo en el suyo de *Las Gracias*, Manzoni en el de *Urania*, Monti en casi todos sus versos, Goethe, no sólo en el *Fausto*, sino en otras mil composiciones, y Schiller y Byron mismo han incurrido mil veces en esta tontería y en esta puerilidad, según el señor X.

El señor X, aunque sepa mucho de filosofía, nos hace recelar que ignora completamente lo que es poético. «El carácter de lo poético, dice Hegel, es ser esencialmente figurado.» La poesía no se contenta con la inteligencia abstracta de las cosas, sino que requiere también la imagen. «La poesía, añade Hegel, nos presenta la especie bajo la apariencia de una individualidad viva.» Ya ve el señor X que Hegel va más lejos aún que va el oscuro y poco filosófico escritor de esta carta en defensa de la mitología. Para Hegel, decir *amaneció ó salió el sol* es decir una expresión prosáica, que se limita á hacernos comprender un hecho ó un objeto; mientras que decir *la Aurora de los dedos de rosa se levantó de su tálamo*, es decir una expresión poética, porque añade á la inteligencia del objeto una imagen.

Que la mitología griega es la más hermosa de todas y la más á propósito para revestir de imágenes el pensamiento no puede ponerse en duda. Los mejores poetas españoles de nuestro siglo la han usado con felicidad, aunque le pese al señor X. Gallego, en el trozo

más sublime de su imperecedera elegía, *El Dos de Mayo*, comete dos veces el pecado mitológico, y cometiéndole, da á mi ver mayor brio y valor poético á lo que dice:

¡Horrible atrocidad! treguas, oh musa,
Que ya la voz rehusa,
Embargada en suspiros mi garganta.
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo, etc.

Esta personificación, esta imagen viva de la guerra, recorriendo toda España en su carro volador, arrebatado por flamígeros caballos, ¿es acaso una tontería, es una puerilidad? ¿Estaria mejor decir en verso que, en cuanto llegó por el correo la noticia de lo que en Madrid habia sucedido en el día 2 de Mayo, se fueron pronunciando las provincias todas?

El mismo Gallego, en su elegía *A la muerte de la duquesa de Frias*, recordando la llegada á Cádiz de esta hermosa señora durante el famoso sitio, dice también:

¡Salve, oh deidad! del gaditano muro.
Grita la muchedumbre alborozada;
¡Salve, oh deidad! de gozo enagenada
La ruidosa marina

Que á tí se agolpa y el batel rodea:
Y al cielo sube el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citerea.

Esta comparacion es tambien una sandez pueril, segun el señor X. Nadie cree ya en Vénus, ni en su salida del mar, ni en nada semejante. Del mar no salen más que los atunes y las ostras, cuando hay quien los pesque.

Con motivo del uso de la mitología griega, cae el señor X con todo el peso de su reprobacion sobre la *Iliada* traducida por Hermosilla, que fué la que cité yo por ignorar que hubiese otra mejor traduccion en castellano. Pero, señor X, ¿por qué está Homero tan mal traducido por Hermosilla?

Hermosilla empieza de este modo:

De Aquiles de Peleo canta, Diosa,
La cólera fatal que á los Aquivos
Origen fué de numerosos duelos.

¡Horror! Profanacion! exclama el señor X. Ese traductor anda á *caza de mariposas, es un alma sin pensamiento, sin originalidad y sin entusiasmo*: no ha sabido presentar el *sentido creyente y patriótico de Homero*. Para penetrarle es menester traducir así:

Canta, Musa, la cólera terrible
De Aquiles de la raza de Peleo.

La verdad es que por más que me vuelvo todo ojos, no descubro mayor *patriotismo* ni mayor *creencia* en

esta traduccion que en la otra. La disputa que mueve el señor X, comparando los versos por él citados con los que yo cité, es tan nimia como la que movió monsieur Jourdain á su maestro de filosofia sobre cuál sería la mejor entre estas frases: *Belle marquise, vos beaux yeux me font mourir d'amour. Vos beaux yeux me font mourir d'amour, belle marquise, etc. etc.* ¿O estará acaso mejor expresado el sentido creyente del pensamiento de M. Jourdain, diciendo: *d'amour, belle marquise, me font mourir vos beaux yeux.*

Pero ya que el señor X me provoca, le probaré que mi traduccion es mejor que la suya, y mucho más exacta. Hermosilla tradujo *Aquiles de Peleo*, porque en español no hay un adjetivo patronimico poético. No habia de llamar al héroe, Aquiles Peleez ó Pelaez, y no se atrevió á llamarle el Pelide Aquiles, como hacen Monti y Voss, en sus sendas traducciones italiana y alemana, que son las mejores que en mi sentir se han hecho de la *Iliada* en los idiomas modernos. Claro está que Hermosilla, al decir Aquiles de Peleo, suprime y sobreentiende la palabra *hijo*, no la expresion de la *raza*, que arbitrariamente emplea el traductor encomiado por el señor X.

Un Aquiles de la raza de Peleo podia ser sobrino, primo segundo, primo tercero y hasta pariente muy lejano de Peleo, sin dejar de ser de su raza, ó digase de su casta; mientras que Homero lo que quiso decir y lo que dijo fué que Aquiles era hijo de Peleo, y no sólo un individuo de su familia. No me persuado de

que cambiar así el sentido de Homero sea penetrarle mejor.

Llamar terrible á la cólera de Aquiles tambien es traducir mal. Οδλομένη, que viene del verbo ὄλλομι, perder, destruir, vale tanto como fatal, pernicioso, funesta, dañina, todo lo cual no es terrible, sino algo más que terrible. Cosas terribles hay que al fin no producen daño alguno: pero no fué de estas la cólera de Aquiles. Cuando Homero quiere decir que algo es terrible, emplea por lo comun la palabra δεινός. El ruido que produce el arco de Apolo al disparar una flecha es terrible, δεινὴ κλαγγή; los ojos de Minerva resplandecen de un modo terrible, δεινῶ δε οἱ ὄσσε φάινθεν; un fuego terrible arde sobre la cabeza del magnánimo Aquiles, πῦρ δεινὸν ὑπὲρ κεφαλῆς, κ. τ. λ. Priamo, por último, cuando Elena llega á verle, aparece respetable y terrible á los ojos de ella, αἰδοτός, δεινός τε, y sin embargo Priamo no quiere hacer ni hace á Elena el menor daño, antes la trata con una dulzura paternal, aunque no deja de infundirle terror y vergüenza. Quien ha sido pernicioso, οδλομένη, para Priamo, ha sido Elena, sin ser por eso terrible.

Esto prueba que Homero tenia una metafísica natural que le daba á entender la propiedad de las voces mucho mejor que á ciertos filósofos la metafísica alambicada que aprenden. Esto prueba asimismo que acaso ni literalmente entendia el original el traductor que cita el señor X, si bien pretende deslumbrarnos con que va á desentrañar el sentido *creyente* y *patriótico* de la *Iliada*, siendo infiel al sentido literal una vez en cada verso.

Yo no he afirmado que no se pueda decir en prosa *consorte, esposo, lecho y cabellera*; lo que he afirmado es que estas palabras son ridiculas, usadas en *prosa familiar*. Sabido es que estas palabras pueden decirse en prosa sublime. Lo que á mí me importaba era hacer constar que hay palabras propias de un estilo, y otras peculiares de otro, y que por consiguiente no se debe extrañar ni censurar que se empleen á veces en el lenguaje poético ó en un estilo elevado, aun cuando sea en prosa, ciertas palabras que los que no saben distinguir de estilo suelen condenar como pedantescas ó culteranas. Hegel va tambien más léjos que yo en dar importancia á la *diccion poética*. Hegel llega á sostener que la poesía debe valerse de un dialecto propio suyo, diferente del de la vida comun y del de las especulaciones científicas.

De cuanto dije en mi pobre discurso académico sobre la poesía vulgar y la poesía popular tengo tambien la desgracia de que el señor X no haya entendido ni una sola palabra. El señor X me atribuye una confusion de ideas que no proviene sino de la oscuridad de mi estilo, el cual, para él, debe de ser oscuro, acostumbrado como estará sin duda á la claridad y nitidez de ciertos modernos filósofos españoles. ¿Qué confusion de ideas hay en distinguir, como el mismo señor X confiesa que distingo *con caracteres nada equívocos* la poesía popular de la vulgar, y en añadir, una vez hecha esta distincion, que en ciertas literaturas, como la griega, por ejemplo, la poesía popular es una misma con la erudita, ó por mejor decir, que la poesía que aman y

que componen los doctos es al propio tiempo la poesía del vulgo, que entonces no es vulgo sino pueblo? Pindaro, Tirteo, Safo, ¿eran poetas vulgares ó eran poetas eruditos? No: eran poetas populares, eran poetas que elevaban al pueblo hasta sí, en vez de bajarse hasta el vulgo, ó en vez de escribir de un modo artificial y falso, separados en todo del pueblo; del pueblo en ciertos momentos históricos desprovisto de inteligencia poética, falto de amor á la hermosura, é incapaz de complacerse en la poesía, ni de comprender siquiera más que la vulgar. Este divorcio y esta enemistad entre la poesía del vulgo y la poesía sábia son los que yo he lamentado, si bien no he dicho que en España han existido siempre. En los siglos XVI y XVII ambas poesías se unieron en una, y esta fué nuestra gran poesía popular lírica y dramática, de Lope, de Calderon, de Moreto, de Quevedo, de Góngora y de los más hermosos romances de autor desconocido.

El señor X me zahiere sin razon como si yo hubiera dicho que *el pueblo español es el más rústico de todos, porque ha producido la más hermosa poesía popular*. Yo no he dicho tal cosa, sino todo lo contrario. El pueblo español es más poético y más discreto que otros, porque, al menos desde mediados ó fines del siglo XV hasta fines del siglo XVII, ha tenido una grande y noble poesía popular. Lo que no confesaré, á pesar de mi patriotismo, es que antes de mediados del siglo XV se descubran en nuestra historia literaria rastros y vestigios de una poesía popular digna de tal nombre. Había sí poesía erudita, como los poemas de Berceo y como los cancioneros; y

poesía vulgar, que debia valer poco, cuando los hombres inteligentes y de gusto la despreciaban. El que Berceo se llamase á sí mismo *Trovador* prueba que era un poeta artificioso y erudito y *extranjerizado*.

Es loco empeño patriótico el de querer fingirse que tuvimos una gran poesía popular antes de que se escribiesen *Las Partidas*, *el Conde Lucanor* y otras buenas obras en prosa y aun en poesía erudita. ¿Tan necios habian de haber sido nuestros progenitores que no hubiesen conservado un romance siquiera de esos bellos y populares que se supone que hubo, designando la fecha en que se escribió, sobre poco más ó menos? Si tales romances hubieran valido algo, ¿los trataria el Marqués de Santillana con tanto desprecio? ¿No tenemos el poema de Alejandro, el del Cid, el de Fernan Gonzalez, los del Berceo y otros, cuya época se sabe? Pues, ¿por qué esos bellísimos romances populares han de haberse perdido ó han de haberse conservado sólo por tradicion oral, *entre la gente de baja y servil condicion*, sin que la gente de condición liberal y más elevada hiciese de ellos el menor caso? Esto no se concibe: esto lo que demuestra es que no hubo poesía popular en España hasta la época que hemos designado: lo que hubo fué poesía vulgar. La poesía popular es tambien poesía de los magnates y de los sábios y de los personajes ilustres que son pueblo aunque no sean vulgo.

El mismo carácter de la poesía trovadoresca y de los cancioneros, poesía llena por lo comun de escolasticismo y de discreteos impertinentes, y de una forma soberanamente prosáica, demuestra que el pueblo ni la oia, ni

a entendia, ni la inspiraba; esto es, que el pueblo no habia despertado aún á la poesía verdadera.

Los versos de Berceo que el señor X cita son sin duda una venerable antigualla, mas no son poesía, ni quien tal pensó, y es una blasfemia compararlos con los del Dante. Pero dejando esto á un lado, yo no quise entonces, ni quiero ahora, quitarle su mérito á Berceo, ni denigrar á otros poetas anteriores al siglo xv. Lo que sostuve y sostengo es que fuéron eruditos y no populares; que la poesía erudita precedió en España y en todos los pueblos neo-latinos á la poesía popular, y á la perfeccion de la poesía la perfeccion de la prosa. Lo primero, esto es, la precedencia cronológica de la poesía erudita está ya suficientemente probada. Contra la precedencia de la perfeccion de la prosa sólo se me puede presentar un argumento. Se me dirá que el *poema del Cid* precede en España á toda prosa y que es perfecto en su género. Aunque al señor X no se le ha ocurrido ponerme esta objecion, yo mismo me la pongo, y confieso con lealtad que tiene bastante fuerza. Yo no voy tan allá como Southey y otros en mi admiracion por el poema del Cid; mas, si bien creo que es obra de un erudito que lucha con la rudeza de un idioma naciente, todavía reconozco en él verdadero espíritu poético y nobilísima inspiracion nacional.

El ideal español por excelencia, la personificacion heróica de todas las virtudes de nuestra raza debia fundirse y como encarnarse en un poema, y, á pesar de las dificultades materiales y espirituales que á ello se oponian, vino en efecto á encarnarse. Pero esta

misma excepcion demuestra la verdad de la regla, en lugar de negarla. ¿Cuánto no dista el pensamiento, el sentimiento, la idea sublime del Cid de su realizacion y manifestacion groseras en el canto rudísimo y desaliñado donde acaso por la primera vez se ensalzaron sus hazañas? Y fuera del poema del Cid, y en el poema del Cid más por la idea que envuelve que por la expresion de la idea, ¿qué hay en nuestra literatura anterior al siglo xv, digno de compararse á las *Partidas*, ó al *Conde Lucanor*? Nada, absolutamente nada. En toda literatura derivada ha sucedido lo propio, al revés de lo que aconteció en las literaturas primitivas. Homero, Hesiodo, los poetas gnómicos y varios líricos griegos perfectísimos, fuéron antes de que se soñara en escribir en prosa. Herodoto vino mucho despues, y aún su prosa tuvo cierto carácter poético, como si más que prosa fuese poesía desatada y libre del ritmo. No así entre nosotros; porque entre nosotros no podia suceder así. La civilizacion antigua no se extinguió, sino que pasó de un idioma muerto á otro vivo. De esta suerte, cuando compuso sus *Coplas* Jorge Manrique, bellísimas á no dudarlo, una de las más sentidas é inspiradas poesías que hay en lengua castellana, ya teniamos historias, crónicas, códigos, libros de devocion, de moral y de filosofía, escritos en prosa. ¿Quién ha de negar esto, cuando es más claro que la luz del dia, así filosófica como históricamente considerado? Un pueblo primitivo, un pueblo en el que nace una civilizacion, la inicia de un modo poético; empieza por el canto: en un pueblo de civilizacion derivada, de civi-

lizacion que se trasmite ó engerta de una en otra lengua, la poesía, digna del nombre de poesía, viene á la lengua nueva, despues de formada ya la prosa. En catalan, la crónica de Muntauer vale más que todas las poesías catalanas anteriores; en portugués, hay crónicas y otros libros en prosa muy bellos, antes de Gil Vicente y antes de Camoens: en francés, no hay cancion de *gesta* ni versos de *trouweres* que valgan la crónica de Joinville: hasta en Italia hay prosa perfecta antes de Dante, y el mismo Dante escribe en prosa *La vita nuova* tan elegantemente como en verso *La divina comedia*. ¿Pero qué mucho, si en el renacimiento de Grecia aconteció últimamente lo propio? Gramáticas, artes poéticas, obras de crítica y de filosofía se escribieron antes que el pueblo despertase, recordase ó comprendiese su gloria, fuése visitado por su antiguo genio, y rompiese en cantos populares. Los autores de los más sublimes, de los más lindos y de los primeros de estos cantos, fuéron eruditos tambien; fuéron sábios y prosistas, como Riga, Korai, Christopoulo, Sólomos, Ipsilanti y otros. Esta teoría general no se invalidaria aunque se me citase algun fragmento de buena poesía popular evidentemente anterior á la poesía erudita; algun trozo de buena y verdadera poesía erudita anterior á la buena prosa. Una golondrina no hace primavera, y ni una golondrina se descubre.

No niego, con todo, que pudo haber y hubo quizás algun canço vulgar, bello y noble, aún antes de que se escribiese el poema del Cid. ¿Cómo he de suprimir yo totalmente el espíritu poético, por espacio de algunos

siglos, de la mente de un pueblo? Hasta los negros de Angola y los hotentotes tienen cantares, coplas y refranes bastante bonitos. Pero acaso ¿merece esto llamarse poesía popular?

Por lo demás, todas mis observaciones sobre la poesía popular, como V., amigo mio, ha comprendido perfectamente, iban encaminadas á condenar un vicio que amengua y avillana y arruina hoy la poesía: el afan que tienen los poetas de ser populares y la equivocacion en que incurren de creer popular lo doméstico y rastrero ó lo pueril y anacrónico. De la domesticidad y humillacion del pensamiento y del estilo puedo citar ejemplos entre los poetas que pasaron ya á mejor vida, como D. Gregorio de Salas, en el *Observatorio rústico*: de lo anacrónico, de lo propio de la edad media mal entendido y peor remedado, y de lo fanáticamente religioso y de lo devoto fingido é hipócrita, como si viviésemos en tiempo de Felipe II, bien pudiera citar ejemplos, si no temiesè ofender á escritores que viven aún.

Mal concertadas y con poco orden van las razones de esta carta, la cual ha de ser como proemio de otras dos que pienso escribir á V. tratando en ellas del asunto capital de mi discurso y de las serias y filosóficas objeciones que V. y el Sr. Castro me dirigen. Sentiré haber sido algo duro con mi impugnador de Granada. Yo no presumo, ni quiero que nadie crea que presumo de pedagogo; pero cuando piensa alguien serlo conmigo, prefiero serlo yo con él, á trueque de no someterme á su férula.